



en Tamahú

HOJA INFORMATIVA

Nº 149 – OCTUBRE 2024

Obra solidaria de Fratisa (Escuela Bíblica de Madrid) en Guatemala

El encanto de una vivienda digna

Antonio Salas

Reiterar que nuestras gentes conviven con la miseria sería dar pábulo a los tópicos. En realidad, desde siempre hemos sabido que, en el municipio de Tamahú, malviven más de 20.000 indígenas cuyo máximo afán se cifra en asegurarse la subsistencia. Sin embargo, aunque la pobreza se erija en su patrimonio común, la penuria extrema de algunas familias lacera aún más el alma. Entre ellas, figuran los comunitarios del caserío San Francisco para quienes Fratisa ha levantado unas modestas viviendas, liberándolos así de pernoctar casi a la intemperie. Pues bien, colindando con ese caserío, nos hemos topado con otro (“El Mirador”) cuyo chabolismo es igual de indignante. Fieles a nuestro lema de ofrecer ayuda a los más pobres entre los pobres, decidimos seleccionar entre ellos a una familia cuyo número de miembros fuera abultado y cuyo hogar casi se cayera a pedazos. No resultó difícil encontrar candidato. Fue elegido Santiago Cuz, con una familia tan pródiga en vástagos como parca en ingresos.

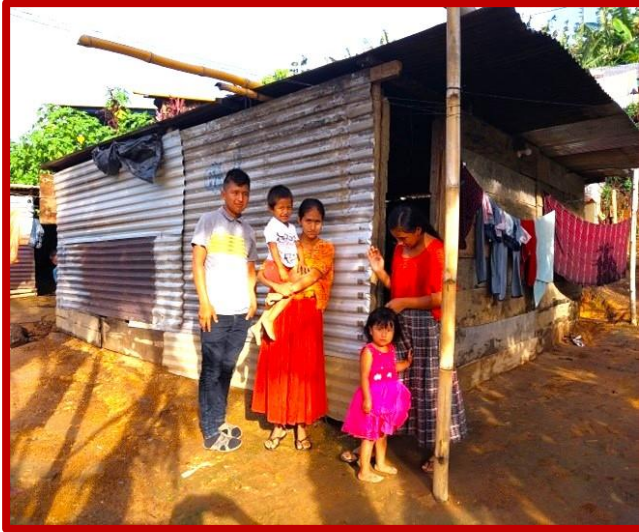
Antes de proseguir, quiero consignar a sus integrantes:

1. Santiago Cuz Iboy 39 años (padre).
2. Guadalupe Ché Cac 38 años (madre).
3. Kenia Jhoselin Cuz Ché 17 años (hija y madre).
4. Hernie Neftaly Co Caal 20 años (esposo de Kenia).
5. Jendry Neftaly Co Cuz 8 meses (hijo de Kenia).
6. Edin Rolando Cuz Ché 15 años (hijo).
7. Ángela María Cuz Ché 13 años (hija)
8. Eliseo Santiago Cuz Ché 11 años (hijo).
9. Raúl Estuardo Cuz Ché 08 años (hijo)
10. José Manuel Cuz Ché 03 años (hijo)



Rosalyn también espera recibir su casita

Siendo la familia católica, huelga decir que la parroquia siempre ha tratado de apoyarla. De hecho, hace ya unos catorce años, se les construyó una casita donde se sintieron del todo a gusto. Mas, al ser esta de madera y hojalata, con el paso del tiempo se ha ido deteriorando y hoy es casi un prodigio que se mantenga aún en pie. Ante su alarmante deterioro y el abultado número de chiquillos que compartía en ella humedad y frío, Fratisa les ofreció una nueva vivienda.



En este tugurio vivía la familia Cuz Ché

Aun siendo idéntico el proceso seguido en la erección de cada casita, en este caso se dan unas circunstancias muy peculiares que considero de interés reseñar. Se trata de la angustiada situación de Santiago quien, al carecer de trabajo en su municipio, casi siempre está ausente, ofreciéndose en otros pagos como peón con ánimo de ganarse unos quetzalitos Y es que en Tamahú es muy difícil conseguir un sueldo fijo. Incluso, en caso de lograrlo, casi nunca alcanza para alimentar a la familia. Así le ocurrió, de hecho, a ese pobre muchacho. Hace unos 10 años, el P. Philippe -a la sazón párroco de Tamahú- viéndolo al borde del desespero le ofreció el cargo de sacristán,

cuya gratificación --aunque fija- era casi simbólica (600 quetzales / 70 euros, al mes). Aun agradeciendo el noble gesto del párroco (este, a su vez, no podía ofrecerle más ya que su parroquia apenas genera ingresos), vio claro que con tan exigua remuneración no podía alimentar a toda su prole. Así se lo compartió al P. Philippe y, entre ambos, urdieron un plan. Decidieron, en efecto, pasar -durante la misa del domingo- un sobre vacío a cada feligrés con la esperanza de que sus donativos paliaran la desprotección del sacristán. Pero, al ser pobre casi toda su feligresía, las colectas resultaron a todas luces insuficientes. Ante el fracaso, Santiago se vio forzado a renunciar a su cargo. ¿Qué hacer? Todo, menos sumirse en la aflicción.

Al ser creyente a carta cabal, acudió a Dios en busca de ayuda. Y obviamente la recibió. Sin que él mismo pudiera explicarse los motivos, sintió que una fuerza interior lo impulsaba a solicitar trabajo en Honduras durante los meses en los que se recolecta el café.

Así pues, sin pensárselo dos veces, se subió con toda su familia a una de esas camionetas que van recogiendo operarios. Y, en un santiamén, todos se supieron instalados esporádicamente en el país vecino. Laborando en la pisca del café con todas las manos útiles, tras un par de meses Santiago logró reunir los fondos necesarios para la supervivencia familiar. Felices, regresaron a su casa, donde por fortuna pudieron cosechar el poco maíz que habían sembrado antes de iniciar su aventura. Esta se repitió durante varios años. Al final, Santiago se convenció de que la familia donde mejor estaba era su hogar. Decidió, por ende, ser únicamente él quien se ausentase con frecuencia en busca de alguna chambita. Y así han seguido sobreviviendo. Su gran ilusión se cifraba siempre en construir una vivienda digna donde pudieran alojarse sin agobio cuantos integraban su pequeño clan familiar. En él había que incluir también a su hija ya casada (Kenia), a su esposo y a su bebé.



El júbilo de la familia Cuz Ché al estrenar su vivienda

Resulta fácil comprender el júbilo del exsacristán cuando nuestro representante le notificó que Fratisa había decidido agraciario con la construcción de una casita. Ciertamente que todos ellos tuvieron que implicarse en la obra. Sobre todo, a la hora de transportar el material. Jubiloso asumieron el reto y, en menos de un mes,



El interior de la casita también resulta acogedor

su antigua covacha quedaría convertida en una construcción sólida y amplia, con dos compartimentos, donde toda la familia podría disfrutar, si no de confort, cuando menos de holgura. Para Santiago era como un palacete. Su dicha se acentuó aún más el día en que Raúl fijó la fecha para entregarles la nueva vivienda. En casos así, el caserío entero suele sumarse a la fiesta. Entre todos, engalanaron el hogar, cubriendo su pavimento con hojas de pino y adornando sus puertas y ventanas con globitos y ramas de arbustos. Tras la solemne entrega de llaves, tal como dicta la costumbre, no podía faltar el consabido rito maya.

Aunque en su momento el sacerdote católico se acercará a bendecir el hogar, al ser este recibido, los indígenas -fieles a las leyes de su

costumbrismo- no pueden por menos de agradecer a las divinidades de sus ancestros el privilegio de estrenarlo. Siguiendo en todo momento las directrices marcadas por la rezadora, se encienden numerosas velitas mientras se activan los incensarios cuyo *pom* cubre de humo los cuatro puntos cardinales. Es su forma de ahuyentar las energías negativas. Ávidos de que sus deseos se hagan reales, no cesan de prodigar plegarias para granjearse la complacencia de las divinidades protectoras del hogar.

Tan sentida ceremonia maya en ningún momento conflictúa con la fe católica. Por fortuna han pasado ya a la historia los tiempos en que ritos así eran perseguidos con saña por considerarse de cuño diabólico. Desde que la Iglesia católica ha abierto las puertas al sincretismo, las tradiciones de origen maya son asumidas como expresión de unas creencias acordes con nuestro acervo doctrinal. Así lo sugiere, de hecho, el proceso de inculturación que la jerarquía católica, sobre todo a partir del concilio Vaticano II, considera vital en cualquier proyecto evangelizador. Toda cultura es, en realidad, digna de sumo respeto.

Al concluir el rito maya, cuyos sahumeros suelen acompañarse con cánticos de júbilo, se procedió al ágape fraterno. Los comensales, mientras compartían unos frugales alimentos, expresaban su gozo al ver cómo una de sus familias podrá disponer en el futuro de un hogar sólido



La comunidad, compartiendo el gozo de los afortunados

y consistente. Es digno de valorar que toda la comunidad se asocie a la dicha de los afortunados. Y es que, en los colectivos indígenas, sigue aún latente la cultura del tribalismo, donde los caseríos actuales se entienden como réplicas de los antiguos capules. Y en estos siempre primaba el protagonismo colectivo. No deja de sorprender que los mayas armonicen tan bien su querencia a la privacidad con un sorprendente sentido solidario en el que quedan englobados cuantos conforman el mismo enclave comunitario.



Doña Victoria Romero

La realización del actual proyecto, en el que se han construido siete viviendas, ha sido posible gracias a la generosa aportación de nuestra asociada, Dña. Victoria Romero, pues es ella quien lo ha financiado (y no es el primero). Aunque los beneficiarios tengan ya conocimiento del hecho, me parece obligado consignarlo, agradeciéndole tan sustancioso aporte en favor de aquellas gentes por las que Fratisa siente especial afecto. Nada hay tan gratificante como ofrecer y recibir una excepcional ayuda económica envuelta con un papel, no de seda, sino de cariño.

FratISA no puede por menos de congratularse al constatar que son ya 63 sus viviendas construidas. No pierde en ningún momento la perspectiva de que unas 500 personas, gracias a su ayuda, dejan de penar a causa del frío, la humedad, los bichos y las alimañas que de continuo se filtraban en sus antiguos tugurios. Con la ayuda de Dios, seguiremos levantando casitas. De hecho, ya tenemos perfilada la próxima. Es un gozo constatar que, aunque no todos se liberen de su miseria, al menos un grupúsculo de personas cuya pobreza es extrema dispondrán en el futuro de un hogar discretamente digno

Para nosotros nunca se eclipsa el eco del manido refrán: “Ayudando a una sola persona, se ayuda a la humanidad”.

Ayuda humanitaria - septiembre 2024

Raúl Leal

Aunque todas las veces se reitera la misma rutina, en cada ocasión se dan coyunturas distintas. La primera con la que nos topamos este mes fue el cambio de proveedor de alimentos. Llevábamos tiempo comprándolos en el almacén de don Mariano Maaz. Pero, al ser su negocio de corto alcance, no podía justificar con facturas nuestras compras, cada vez más voluminosas. Ello me ha obligado a recurrir de nuevo a la “Comercial Dina’s” de la que me había desapuntado porque vendía los frijoles más caros. Así se lo comenté a su dueño y parece que hemos llegado a un acuerdo. Pido a Dios que funcione.

Mantenemos obviamente las 120 despensas mensuales, lo cual conlleva un notorio trajín de personas. Mi amigo Giovanni tiene que verter sus cinco sentidos sobre el papel para controlar a cada beneficiario que estampa su firma tras presentar una copia del DNI. Es una labor tan ingrata como necesaria. Solo así evitamos que algunos desaprensivos -¡nunca faltan!- reciban una bolsa sin figurar en la lista. El hambre aguza la picaresca.

Me resulta, por otra parte, algo incómodo comunicarme la víspera con todos los convocados. Y es que en algunos caseríos no hay cobertura telefónica. Por otra parte, son bastantes los que carecen de móvil. Mas, aun así, entre ellos funciona muy bien el boca a boca. Lo cierto es que el día de autos son muy pocos los que



El momento, siempre interpelante, de la oración

no acuden a su cita. Más de uno comienza incluso a merodear un par de días antes en torno a nuestra oficina para cerciorarse de que su nombre figura en nuestro registro.



Raúl, saludando a don Pedro Cuz

Este mes el reparto se hizo sin nada especial que consignar. Por supuesto, la oración comunitaria se erigió una vez más en el centro de interés y todos los beneficiarios se solidarizaron con las plegarias del rezador. Como ya estamos acostumbrados a que este momento sea del todo emotivo, me ahorro describirlo con detalle. No dudo que nuestros lectores se harán cabal idea de lo que implica rezar todos juntos, aunque cada cual esté adscrito a una iglesia diferente. Es un espectáculo digno de ser registrado. Lo que sí deseo consignar son dos situaciones que, por salirse de lo normal, sazonan nuestro reparto mensual de despensas.

La primera está relacionada con los miles de botes (frijoles rojos, frijoles negros, lentejas, verduras...) que la misionera Fátima, al alimón con el P. Antonio, decidieron comprar durante su reciente visita a Tamahú, para con ellos ampliar la oferta de Fratisa en su reparto de despensas. Y, ¡cómo se ha notado el detalle! El primer sábado de este mes, tras recibir su bolsa habitual, los aldeanos se preparaban para iniciar su regreso. Fue entonces cuando les hablé de las latas complementarias que les íbamos a ofrecer. Su estupor, al aliarse con

el júbilo, cambió por entero la expresión de sus rostros. Su habitual porte mohino y resignado se convirtió en un mar de sonrisas. Acercándose con diligencia, cada beneficiario fue agraciado con un número prudencial de latas que ocultaba con premura en su rebozo. Todo lo que sea comida, es recibido por ellos cual si se tratara de maná celestial. Y momentos así no pueden por menos de suscitarme ternura. Nuestro gesto les caló muy hondo. Tanto que, al despedirse, todos se acercaban a mi para expresarme su gratitud con una sonrisa y a veces también con algunas palabras. ¡Cuánto gratifica alegrar a quienes transpiran pobreza!

La segunda situación es aún más entrañable. Tataré de resumirla. Está relacionada con don Pedro Cuz (79 años – ciego) y su esposa, doña María Tzi Tun (77 años), residentes ambos en Sesarb, a quienes hace ya más de dos años enviaba una despensa a través de su vecina, doña Elvira. De repente, esta dejó de solicitármela, ya que los ancianitos habían desaparecido de la aldea sin dejar rastro. Dado que ahora dispongo de un todoterreno, me personé en su aldea para interesarme por ellos. Se me habían olvidado incluso sus nombres. Solo podía aducir la ceguera del abuelito. Tras un sinfín de tanteos, logré al fin descubrir su paradero. Por lo que se me dijo, se habían mudado a una casita bastante alejada donde una de sus hijas podía atenderles. Me dio mucho gusto haberlos localizado. Y, subiéndome de nuevo en mi flamante vehículo, me presenté de improviso en su nueva vivienda. Al entrar, me topé con don Pedro. Y este, apenas escuchó mi voz, me susurró casi al oído: “*Tú sos don Raúl*”. Sus palabras me enternecieron.



Dos ancianitos compartiendo el encanto del bosque

Mi alborozo fue en aumento al constatar cuán felices se sentían ante la inesperada visita de una persona a la que tenían ya olvidada. Por supuesto, les ofrecí una despensa de víveres que la abuelita inspeccionó casi con desenfreno. Al no tener nada que ofrecerme, me brindaron su hospitalidad compartiendo conmigo la única banca en servicio. Y en ella mantuvimos una enjundiosa tertulia donde ambos me exponían sus

problemas de salud, así como el gozo de saberse atendidos por su hija. Ellos solos apenas podían valerse. Durante casi una hora seguimos estrechando vínculos. Y, antes de despedirme, les garantice que en el futuro recibirán periódicamente la despensa que con todo gusto les ofrece Fratisa.

Creo que para nosotros es un orgullo brindar atención a personas tan desvalidas. Ahora que dispongo de un todoterreno, me resultará más cómodo atender casos así. Viene, de hecho, a mi recuerdo la embarazosa situación de Leonardo Quib, cuya parálisis le mantiene casi postrado. Yo, en nombre de Fratisa, con notorio esfuerzo le hacía llegar, de vez en cuando, un saco de maíz, con el que tanto él como su esposa amortiguaban su hambruna. Ambos vivían en un tugurio enclavado en la soledad del bosque. Pues bien, he sabido que la pareja se acaba de trasladar a otro minúsculo habitáculo, sito en un terrenito que el padre de su esposa les ha regalado. Es una humilde casita de lámina, a la vera de un camino. Al disponer del nuevo vehículo (Asumta-Fratisa), me resultará fácil brindarles esporádicas visitas, proveyéndolos de cuanto precisen para sobrevivir. Mi amigo Leonardo ya no estará desatendido.

Y así seguiremos desbrozando camino. Soy consciente de que nuestros lectores mal pueden hacerse una idea precisa de lo que supone para nuestras gentes ser agraciadas con una cesta de alimentos. Para valorarlo, es indispensable haber sentido antes el acoso del hambre. Lo que sí puedo garantizar es que los bienhechores de Fratisa, con sus ayudas periódicas, consiguen que muchas personas palien los estragos que suele causar la desnutrición severa. Y esta, entre ellos, lleva siglos imponiendo su inmisericorde ley.

Pastoral de enfermos - septiembre 2024

Raúl Leal

A través de los años he aprendido que la pastoral de enfermos debe ante todo afrontar cuantas dolencias psicofísicas aquejan a los pacientes. Pero también le incumbe brindar consuelo y solaz a los familiares que, ante situaciones lúgubres o incluso irreversibles, acaban enfermando de angustia. Nunca había pensado en la posibilidad de ejercer como consejero, asesor y confidente de las dolencias ajenas. No puedo negar que a veces me resisto a involucrarme en situaciones donde impera el desespero. Pero, a su vez, me gratifica ver cómo tal labor, además de ser profundamente humana, ostenta una impronta espiritual. Al constatarlo, me inunda el júbilo.

Así lo he podido comprobar en el transcurso de este mes donde han confluído situaciones fuera de lo común. En él hemos mantenido, por supuesto, las terapias de Fundabiem cuyos técnicos detectaron en el niño Andy Claudino Tun Job, además de su parálisis cerebral y su progresiva invidencia, serios problemas de audición. Se me aconsejó ingresarlo en una clínica cuyo doctor lo remitió de inmediato a la Fundación de la capital (“Sonrisas que escuchan”) donde -previa sedación- podrían hacerle los pertinentes análisis. Tomé nota y haré lo posible por ayudarlo. Tengo, por supuesto, en mente los elevados costos de una sedación que solo se realiza en centros privados. Pero sé que Dios nos mostrará el camino, como ya ha ocurrido otras veces. Incluso encontraremos la forma de que el pequeño se vaya acostumbrando con el lenguaje braille, ya que su vista no cesa de ir a la mengua. Hace un par de años Fratisa



Elisabeth no quiere caer enferma



Jeymi dice que tiene muchas ganas de vivir

le compró unas gafas que sigue usando. Pero el pronóstico no es halagüeño. En todo caso, jamás le faltará a Claudino nuestra ayuda y nuestro apoyo.

Aunque durante el mes he tenido que lidiar con un sinfín de situaciones y casos de pronóstico reservado, me limitaré -fiel a mi lema- a consignar tan solo el crudo realismo de algunos incidentes donde la vida y la muerte parecen ávidas de jugar al escondite.

Las alarmantes convulsiones de Jeymi

Para mí, fue un lunes caótico. Quizás por ingerir algún alimento en mal estado, me acosaron los vómitos dejándome hecho unos zorros. Anhelaba ansioso la llegada de la noche para acostarme tras tomar mis medicinas. Estaba a punto de hacerlo, cuando sonó mi teléfono. Al ser un número desconocido, no contesté. Sin embargo, pasada apenas media hora, volvió a sonar. Entonces vi claro que podía tratarse de una emergencia. Y lo era. Saida (de Pansup), la madre de la niña Jeymi Yanira, me llamaba con desespero, pues su bebé no cesaba de convulsionar. Traté de calmarla diciéndole que -tras administrarle la medicación que le proporciona Fratisa- la observara durante la noche. Y, en

caso de seguir con sus ataques epilépticos, me llamara de nuevo al amanecer. Pues bien, así lo hizo.

Al rayar el alba, con mi estómago aún revuelto, me subí a nuestro pick-up ascendiendo hasta donde finaliza el camino. Era nuestro punto de encuentro. La comitiva se demoró un poco, ya que la mamá -previendo un posible ingreso de su bebé- bajaba con un fardo de ropa y pañales. Al fin me encontraron. Eran nada menos que cuatro: la abuelita, la mamá, un niño lactante y la enfermita que no cesaba de convulsionar. Ya todos juntos, decidimos adónde llevarla. En principio, parecía obvio pensar en el centro de salud local, pero no nos inspiraba mucha confianza. Para salir de dudas, telefoneé a un neurólogo, amigo mío. Tras exponerle el caso, ordenó ingresar de inmediato a la pacientita en el hospital regional de Cobán. Y, sin más, hacía él nos encaminamos.

Por vía de urgencia, la pequeña -cuyos ataques se recrudecían- fue introducida en la sala pediátrica cuyo doctor me preguntó qué medicamentos le estábamos administrando. Asintiendo con la cabeza conforme se los enumeraba, me hizo saber que las camas del hospital estaban saturadas por lo que no la podían ingresar. Sin embargo, me tranquilizó garantizándome hacer cuanto estuviera en su mano para que la bebé se normalizara. Yo podía verla a través de un ventanal acristalado. Y se me retorcián las entrañas ante sus frenéticas convulsiones. Así fueron pasando las horas. En mi labor con los enfermos, he aprendido -entre otras muchas cosas- que en los hospitales se impone convertir la espera en virtud.

Al llegar la hora del almuerzo, traté de apaciguar a mi alborotado estómago, no sin antes dar un dinerito a las señoras para que hicieran lo propio. Ellas, obviamente, no disponían de un solo quinto. Tal suele ser la ley de quienes viven en extrema pobreza. Estaba a punto de anochecer cuando decidimos regresar a Tamahú, pues los enfermeros iban liberando el recinto de visitantes. Por otra parte, la criatura quedaba en muy buenas manos. Se nos hizo saber que, al



Saida, sacando a su nenita del hospital

fin, se había desocupado una camita y en ella pasaría la noche nuestra enfermita.

Mentiría diciendo que dormí con placidez. Mi noche fue más bien aciaga. Veía a Jeymi en mis sueños que - para más inri- acababan convirtiéndose en pesadillas. Mientras tanto, en el hospital seguían cuidando a nuestra bebé. Y, a fuerza de mimos y medicamentos, al amanecer del día siguiente, dejó de convulsionar. Me lo notificaron de inmediato. Tras dar mis más expresivas gracias a Dios por su ayuda, transmití la buena noticia a Saida y a su esposo (Everildo). Ambos me acompañaron en mi viaje con nuestros enfermos a Cobán. Y, en torno a las 14:00 horas, Jeymi fue dada de alta, libre ya de convulsiones. Entre todos, la habíamos logrado salvar. Sus papás no cesaban de agradecerme cuanto Fratisa estaba haciendo por ellos. Tengo claro que, sin nuestra ayuda, la criaturita estaría revoloteando con los angelitos del cielo. De momento, seguirá con nosotros. Y hago votos que sea por muchos años. En ese fantástico juego del escondite, la vida había ganado la partida a la muerte. Por desgracia, no siempre ocurre igual.

Cuando los hados se conjuran en contra

El protagonista es, en este caso, el desventurado Héctor Rolando Xol Caal (32 años) cuya esposa (Elsa Maribel Ico Sacba), tras contratar un mototaxi a mediados del pasado junio, se había personado a la puerta de mi casa, en busca sin duda de un milagro. Cuando le notificó Norma mi ausencia, decidió esperarme. Al regresar, me encontré con una señora joven, envuelta en llanto, que me pedía casi a gritos ayuda para su esposo. Según me dijo, estaba a punto de quedarse paralítico, debido a un absceso que le había salido en la mano. ¿Qué podía hacer yo? No era tal la pregunta que ella se hacía. Asesorada por alguna persona amiga, venía en busca de una actuación portentosa del “padre don” Raúl. Sin salir de mi asombro, me interesé por el caso. Viendo que Héctor también la había acompañado (seguía en el mototaxi), me ofrecí a llevarlo de inmediato a una clínica privada de Cobán cuyo doctor nos ordenó una serie de análisis que le hicimos con suma premura. Nos recetó varios medicamentos que Fratisa le proporcionó. Y, estando ya en vías de curación, regresó a su hogar. El caso quedaba, pues, resuelto. O al menos así lo pensé. Llegaría el momento de constatar que me estaba equivocando.

Tal momento llegó un martes (3 de septiembre) cuando me encaminaba hacia la aldea de Sesarb con ánimo de visitar a una ancianita, cuya hija (sufre demencia) agudiza aún más su pobreza. Conforme iba subiendo por el sendero, salió a mi encuentro la señora Elsa, solicitando mi pronta presencia en su caserío (Chamesún), ya que Héctor cada día se encontraba peor. No pude ocultar mi perplejidad, puesto que tres meses antes, tras tomar la debida medicación, lo habíamos dejado recuperándose. Y así era en verdad. Sin embargo, su convalecencia se vio truncada por un grave accidente de tráfico en el que una hermana suya a punto estuvo de morir. Ello afectó tanto a Héctor que, asiéndose a la depresión, comenzó a sumirse en el caos. Iba de mal en peor. Obviamente, yo lo ignoraba. Pues bien, ahí estaba Elsa para hacérmelo saber. Me dio tanta pena que le prometí visitar a su esposo tras mi encuentro con la ancianita (María Santos Laj). Y así lo hice.

Al entrar en su casa, casi se me cayó el alma a los pies. Tumbado en un camastro yacía un espectro que parecía respirar. Era Héctor. Demacrado, con los huesos de sus costillas a punto de reventarle la caja torácica, macilento, falto de vida y sin ganas de vivir. Tras reponerme de tan inesperado impacto, traté de ofrecerle solaz. En realidad, por más que su esposa aunara el llanto con la súplica, yo no sabía qué hacer. Al menos escuché su desahogo. En él me confidenció que, al vivir con sus suegros, estos la culpaban de cuanto le



El hundimiento psicossomático de Héctor

estaba ocurriendo a Héctor. Y la pobre, que había acudido incluso con desespero a un curandero, no sabía qué más podía hacer por él.

Mientras Héctor se consumía en su postración, ella trataba de aferrarse a la esperanza. Era un cuadro patético. Personalmente, pensé que su esposo estaba a punto de entrar en agonía. Yo solo podía rezar y suplicar a Dios que guiara sus últimos pasos. Pero me abstuve de compartir mis sentimientos con la familia, sobre todo al ver cómo se resistía a aceptar lo que yo consideraba inevitable. Conteniendo mis lágrimas, abandoné el hogar. De regreso a mi casa, iba pidiendo a Dios que lo acogiera cuanto antes en su seno.

Pasarían otros nueve días antes que Elsa me llamara para notificarme lo que yo, aun sin saberlo, daba como cierto: ¡Héctor acababa de fallecer! Con la mayor diligencia me personé en su caserío (Chamesún). Y, al entrar en la casa, me topé con una escena casi dantesca. Frente al ataúd estaban los allegados que acompañaban su dolor con gestos de rabia e impotencia. Su hijo mayor (9 años) estaba abrazado al féretro, mientras sus hermanitos compartían desconsuelo. Y Elsa se movía como si fuera un zombi. Estaba fuera de sí. Ello no le impidió abrazarme, mientras me agradecía lo que mucho que -a través mía- había hecho Fratisa por ayudar a su finado marido. Mi dolor quedó eclipsado por su gratitud. Sacando fuerza de flaqueza, le ofrecí mis condolencias, mientras aportaba mi cooperación económica -es la costumbre- para paliar los costos que siempre genera un deceso. Regresé a mi casa envuelto en congoja. No es fácil asumir la muerte de una persona a la que -meses antes- se le habían abierto de par en par las puertas de la esperanza. Dios lo acoja en su gloria.



Siempre es traumático despedir a un ser querido

El "milagro" de don Sebastián Sam

Ya en otras ocasiones he escrito sobre las penurias de este buen señor. Maltrecho tras un accidente del autobús público en el que viajaba, fue trasladado de urgencia a la capital donde sería operado de tres vértebras. Tras un breve periodo de recuperación en el hospital, lo regresamos a su casa. Y en ella inició una convalecencia que se antojaba bastante compleja. De hecho, le brotaron varias úlceras cuyo tamaño llegaba incluso a asustar. A pesar de los medicamentos que le proporcionaba Fratisa, su situación no cesaba de empeorar. Se intuía un desenlace fatal. Pues bien, en este caso tan lúgubres augurios no llegaron a cumplirse.



Don Sebastián, bajado en parihuelas

Gracias a las atenciones de Fratisa y sobre todo a los desvelos de su hijo Efraín, don Sebastián comenzó a dar síntomas de mejoría. Sus llagas -contra todo pronóstico- se iban cerrando y él, aunque inmóvil, recuperaba su ilusión. Tras una de mis visitas, decidí consultar al traumatólogo. Y este quiso verlo en su hospital. ¿Cómo trasladarlo hasta allí? Era la pregunta que todos nos hacíamos. De hecho, la casa del enfermo se encuentra en la parte superior una cuesta muy escarpada. Lejos de arredrarnos por ello, entre todos improvisamos unas parihuelas y, con sumo cuidado, lo bajamos hasta el camino donde nos esperaba nuestro minibús convertido en ambulancia. Hasta su esposa y sus hijas ayudaron en el traslado. Aun así, nadie ignoraba que el mayor problema surgiría al regreso. ¿Cómo subirlo con una vereda tan empinada? Sin hacernos más cábalas, lo llevamos al hospital. Y allí, el doctor -tras examinarlo- se mostró

bastante optimista, ordenando hacerle una tomografía y realizarle varios análisis clínicos. Al final, su diagnóstico invitaba a la esperanza. Pues bien, asíéndonos a ella, emprendimos el regreso.

Al llegar a la mentada cuesta, nadie apareció para ayudarnos. Solo un vecino nos brindó su apoyo. Poniéndome yo en la parte trasera donde hay que soportar casi todo el peso, iniciamos al ascenso, ignorando si llegaríamos hasta el final. Fue muy dura la subida. Pero, aunque derregados, conseguimos reinstalar al enfermo en el camastro de su casa. Huelga añadir que tanto don Sebastián como Efraín agradecieron muy de veras mi esfuerzo.

Al estar de nuevo en mi hogar, me tumbé en el lecho y el agotamiento me adormeció. Era, no obstante, tal mi alegría, que se me quería desbordar. Incluso ya dormido, no cesaba de repetir: ¡Nuestro paciente vivirá! No sabía cómo, pero vivirá. Nuestros esfuerzos no habían sido vanos. Aunque me resisto a hablar de milagros, la recuperación de don Sebastián Sam se me antoja casi prodigiosa. Quien parecía abocado a la muerte, ahora se está encaminando -con paso firme y seguro- a seguir disfrutando de la vida. ¡Gracias sean dadas a Dios!



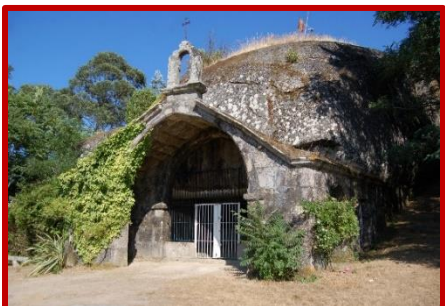
Don Sebastián, en el hospital de Cobán

CUADRO DE PACIENTES ATENDIDOS POR FRATISA – SEPTIEMBRE, 2024

<i>DESCRIPCION</i>	<i>CANTIDAD</i>
Medicinas entregadas a pacientes de neurología	24
Pacientes trasladados a oftalmología	03
Medicinas entregadas a pacientes de oftalmología	01
Lentes donados por Fratisa a pacientes	01
Pacientes trasladados a Fundabiem	03
Asistencias durante el mes en Fundabiem	09
Pacientes trasladados a diferentes hospitales	02
Pacientes trasladados a hospitales de la ciudad capital	01
Otros traslados	01
Pacientes trasladados a Dra. Pediatra de Cobán	01
Consultas médicas privadas y medicinas entregadas	06
Leche pediátrica entregada (botes)	12
Pacientes que recibieron medicina con receta	35
Extracción de piezas dentales	05
Pacientes a quienes se realizó estudio de Rayos X	01
Pacientes a quienes se realizaron exámenes de laboratorio	01
Pacientes a quienes se realizaron ultrasonidos	02
Pacientes a quienes se realizó tomografía	01
Visitas a familias y enfermos	13
Entrega de granos básicos y otros	04
Entrega de pañales desechables	01

Emilio Álvarez Frías

En estos tiempos en los que arrecian los vientos y las lluvias no viene mal acercarnos a la tierra de las «meigas» pues siempre nos enseñarán alguno de sus refugios y aventarán nuestros malos pensamientos. Y hemos acertado. En el Monte Castelo, en Pesqueiras, Salvaterra, de la provincia de



Pontevedra, encontramos la ermita de Nuestra Señora de la Asunción, construida allá por el siglo XVIII, sobre un solar en el que estuvo situado un castro romanizado, enclavada en un enorme peñasco granítico de singular belleza. Situada en lo alto del monte, se aprovechó el cobijo que da una gigantesca roca para reinstalar una muy sencilla capilla, en la que se construyó una entrada de piedra con una espadaña en lo alto. Su interior es austero, solo encontramos un sencillo altar y una imagen de la Asunción. Aunque su existencia se fija en 1923, lo cierto es que en antiguos documentos aparece la referencia en 1592, por más que la mención a grabados existentes en los alrededores, y a túneles y una amplia estancia bajo tierra que mencionan los naturales del lugar, inclina a pensar que allí ya hubo culto muy anteriormente. Esta capilla prácticamente está siempre cerrada, pues solamente se abre el día de romería de la Asunción.

Era un lugar adecuado para dedicarnos a la reflexión, meditar por nuestros ancestros, tener presentes a nuestros hermanos de Tamahú, rezar por Santiago Cuz y toda su tropa que, sin que nadie se lo enseñara, han sabido formar una numerosa familia, dando gracias al Creador porque, a pesar de sus problemas, su escasez de todo, permanecen unidos. Como damos gracias a la generosidad de nuestros amigos de Fratisa que han encontrado la forma de socorrer a quienes lo necesitan, bien ayudándoles en el transcurrir de cada día, bien construyéndoles una vivienda en la que puedan disfrutar de su existencia, del amor en la familia, conformándose con lo poco, uniendo su fe católica con los ritos mayas cuando han de dar gracias al Dios, que es uno solo, aunque se presente de diferentes formas.

Por ello, en nuestras oraciones ante la ermita del Monte Castelo, rezamos muy especialmente por Victoria Romero que, casi sin que nos enteremos, es una de las asociadas de Fratisa que ayuda muy generosamente a mantener la tarea misional en la tierra guatemalteca.

Si desea leer algún otro número atrasado de este Boletín, consulte nuestra Web:

www.escuelabiblicamadrid.com / Fratisa / Publicaciones

FRATISA

Si quiere hacer un donativo periódico, le sugerimos que nos mande esta misma hojita, rellena con sus instrucciones, y Fratisa enviará un recibo contra su cuenta corriente con la periodicidad e importe que usted nos indique.

Nombre _____ Dirección _____ nº _____ Piso _____

Localidad _____ CP _____ Provincia _____ Móvil _____

Correo-e _____

Cuota de socio _____ € (mínimo 10 € al mes)

Nº de cuenta Iban: ES _____ . _____ . _____ . _____ . _____

Periodicidad: Mensual – Trimestral – Semestral -- Anual --

Titular de la cuenta _____

También puede hacer su donativo ingresándolo en la cuenta abierta a nombre de
“Fundación Isabel de Lamo Patts – Fratisa”, en el Banco Santander.

Iban ES90.0049.1182.3226.1040.0538



Cuando Fratisa encaminó hacia Tamahú su obra de apoyo a los indígenas más desfavorecidos, centró su interés en la pastoral de enfermos y discapacitados. A partir de entonces, no han cesado de aumentar los que acuden a nosotros en busca de ayuda, siendo nuestro representante Raúl Leal quien -desde un principio- gestiona tan ardua labor. Nos complace saber que cada vez se intensifica más su dedicación y su espíritu de entrega. Fratisa, muy consciente de la importancia de este proyecto humanitario, invita a sus amigos y colaboradores a que, en la medida de sus posibilidades, ofrezcan un donativo periódico para mantenerlo o incluso potenciarlo.

Toda ayuda es de agradecer - ¡Muchos pocos hacen un mucho!